



¡ José Antonio !

presente en la ausencia como en la presencia, en la cercanía como en la lejanía física, porque está en nosotros mismos, en nuestro espíritu, como está en la Historia nueva de la España renaciente que él movió, reanudándola, hacia nuestro pasado glorioso.

Un nombre y una fecha eternos

Una fecha: 29 de Octubre. Un nombre: José Antonio. Un nombre y una fecha ligados ya para siempre a los siglos venideros. Ejerce el tiempo en ellos, en el campo del recuerdo, una acción inversamente proporcional a su distancia; a medida que transcurren los años, lejos de borrarse recobra un mayor relieve: el de la realidad; que la profecía adquiere todo su valor positivo, toda su fuerza demostrativa, toda su verdad, cuando se consuma el hecho, el acontecimiento anunciado.

Las palabras de José Antonio, aquellas que lanzara en el Teatro de la Comedia, un 29 de Octubre de 1933, cuando los años de ahora comenzaban a contarse, tuvieron ese valor: el de la profecía. Una profecía a la que no faltó ni siquiera aquella gracia sencilla, alegre, porque la gracia que nace del espíritu no puede ser nunca triste, que era el lenguaje con que las profecías se escribieron en el libro de oro de los siglos: el de la poesía. Y a los pueblos—como dijo nuestro Ausente en aquella fecha histórica—no los han movido nunca más que los poetas, y ¡ay del que no sepa levantar frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!

Y así movió, removió diríamos mejor, José Antonio el ser del pueblo español. Con un lenguaje nuevo, justo, entero, amoroso y flagelante a un tiempo. Frente a la verdad, frente a nuestra verdad, exacto, certero, genial y vidente de un futuro. Frente al error, procediera de donde procediera, duro en los conceptos; como duro estuvo Jesús al expulsar a latigazos a los mercaderes del templo. Su visión amplia, totalitaria, como de hombre que apoyándose en el pasado, desde las alturas del mismo, contempla el presente con elevación, hizo posible que su semilla en estos días de granazón de la mies, lo acredite ante las generaciones presentes de GRAN SEMBRADOR.

Sus frutos, esos frutos, que plugo a Dios que no se perdieran, porque puso en nuestro camino al GRAN CONDUCTOR, a nuestro Caudillo Franco, que con mano segura y mente clara, recoge, administra, y distribuye su cosecha en provecho de nuestro acervo histórico, hacen recordar con unción aquella fecha y aquel nombre, que en el pentágono del espacio escribió las notas en las que se encierra la armonía de nuestra irrevocable unidad de destino.

Acierto grande de nuestra Jerarquía, fué elegir aquella fecha, nacimiento de nuestra Falange, para conmemorar a nuestros Caídos; parece como si ahondando más en el espíritu que él nos infundió, quisieran enseñarnos que la vida en la Falange es escuela de sacrificio, y que en ella sólo se triunfa a fuerza de renunciamentos, en una entrega total y dura de nuestra existencia. «De lo que cada uno de nosotros renuncia se hace gran de el futuro de España» escribió un día José Antonio. Nuestros Caídos, ayer y hoy, afirmaron aquella frase, cara al sol de la gloria, y cara al enemigo, frente al que rindieron la vida por nuestra unidad, por nuestra grandeza y libertad.

Ellos hicieron exacta la idea de poseer renunciando. De la renuncia de nuestros Caídos se lucran las generaciones presentes, y renace España; una España fuerte,

EL DIA DE LOS CAIDOS EN NUESTRA CIUDAD

Todos los actos tuvieron el carácter espiritual, religioso y austero de la Falange

«La Falange, inspirada en el Evangelio, aprendió y tuvo presente siempre que el verdadero catolicismo no es palabrería, es acción; no es fórmula, es vida.»

(Del discurso del camarada José Antón, Magistrado de Coria.)

Cáceresha celebrado por segunda vez, la Fiesta de nuestros Caídos. Y una vez más ha sumado su asistencia espiritual y física al homenaje sentido para aquellos que ayer como hoy dieron su vida por una España humana y justa, donde toda convivencia sea posible.

Desde las primeras horas de la mañana, todas las casas de la ciudad aparecieron con colgaduras de los colores nacionales y de la Falange, adornadas con crespones negros. Así se umaba en lo exterior al homenaje que nos disponimos a rendir a nuestros muertos.

Funerales en Santa María

A las diez y media de la mañana, con asistencia de todas las autoridades Militares, Civiles y Jerarquías en pleno de la Falange con el Jefe Provincial, en ausencia de nuestro Capitán Luna, camarada Iñigo, se celebraron en Santa María

solemnes funerales por el alma de los Caídos.

Asistieron nuestras milicias de primera y segunda línea, Juveniles, Sección Femenina y numerosísimos fieles que llenaban por completo el amplio templo. En el centro de éste, se había elevado un severo túmulo recubierto con las banderas Nacional y del Movimiento. En el presbiterio se colocaron las banderas del Movimiento y la Nacional.

El discurso de Fernández Cuesta

Con el final de los funerales coincidió la retransmisión del discurso que en aquellos momentos pronunciaba en Sevilla el Secretario General del Movimiento y Ministro de Agricultura, camarada Raimundo Fernández Cuesta, que fué escuchado con gran atención y visible entusiasmo exteriorizado al final, por cuantos habían asistido a los funerales.

También, durante la tar-

de, se ha seguido con interés la retransmisión de los actos de la concentración de Juveniles en Sevilla, por el altavoz de Prensa y Propaganda, instalado en la Plaza.

de, se ha seguido con interés la retransmisión de los actos de la concentración de Juveniles en Sevilla, por el altavoz de Prensa y Propaganda, instalado en la Plaza.

En la Cruz de los Caídos

Ante la Cruz Monumental de los Caídos, levantada hace tiempo por nuestro Ayuntamiento en la Plaza de América, se celebró el homenaje a los Caídos.

Formaron en aquel lugar y en torno a la Cruz todas las fuerzas de Falange Española Tradicionalista y de las Jons, que habían asistido al funeral. Las enfermeras del Hospital de la Legión con heridos de éste y una gran multitud.

La Cruz había sido adornada en su basamento con banderas Nacionales y del Movimiento.

El camarada Jefe de Propaganda dió lectura a la bella oración de los Caídos, de la que es autor Sánchez Maza, después de interpretarse los himnos de la Legión, el Oriamendi y Cara al Sol.

A continuación el camarada José Antón Ortiz, Magistrado de la S. I. C. de Coria pronunció, en nombre de la Jerarquía, el siguiente discurso:

Símbolo de victoria y resurrección

No venimos hoy ante esta Cruz bendita a derramar lágrimas de desesperanzas; ni a colgar negros

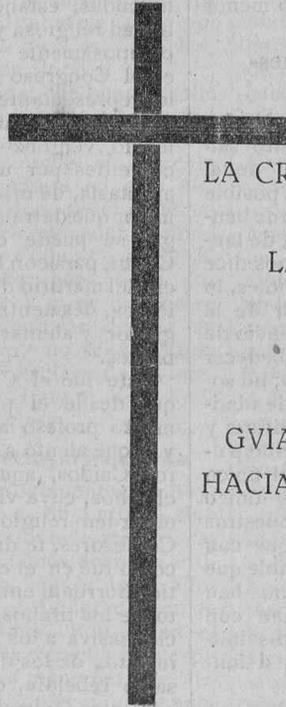
crespones, símbolo de luto y de muerte.

Así es que no deben mis palabras poner orlas funerarias a mis pensamientos; como no deben plantarse alrededor de este monumento cipreses, ni llorones. Aquí sólo hemos de acercarnos para depositar pétalos de flores, perfumados con los aromas trascendentes de la oración, que es el medio trasmisor con el que hemos de sostener comunicación perenne con los Héroes, que cayeron en esta gran Cruzada, que emprendió España, ¡para desenterrar y exaltar el Crucifijo, alma de nuestra civilización.

Ante la Cruz y por la Cruz nos comunicamos con ellos; porque en la Cruz y por la Cruz se inmolaron, haciéndose partícipes de su inmortalidad; pues están haciendo guardia sobre los luceros, aureolados con la gloria, que Dios reserva a los que abnegada y alegremente dan la vida en la defensa de su causa.

Los muertos, a los que honramos en este lugar, no murieron; solamente cayeron, como Cristo, en los afanes y dolores de una misión redentora; y al caer se elevaron, ascendieron, purificados como mártires con su propia sangre. Y esta Cruz señala la altura, donde velan como inspiradores y centinelas de la España nueva.

No es, pues, esta fiesta de tristeza y de luto; es fiesta de alegría y de glo-



CAIDOS

EN

LA CRUZADA CONTRA EL COMVNISMO

PARA SALVAR

LA CIVILIZACION DEL MVNDO

VVESTRA SANGRE

Y

VVESTRO RECVERDO

GVIARA A LA JVENTVD ESPAÑOLA

HACIA EL HEROISMO DE LA VICTORIA

EN EL SIGNO DE

DIOS Y DEL IMPERIO

HASTA LA ETERNIDAD

PRESENTES

EL DIA DE LOS CAIDOS EN NUESTRA CIUDAD

ria. La Cruz de los Caídos enhiesta en todos los pueblos y ciudades de nuestra Patria, rodeada de españoles libertados, que rezan y cantan, es prueba manifiesta de victoria y resurrección. Es cierto que esta Cruz, tinta en sangre, nos habla de carnes rotas, de cuerpos deshechos, de padres torturados, de madres angustiadas, de esposas desoladas, de huérfanos privados de protección y afecto paternos; mas estos dolores y esta sangre aparecen tan glorificados con la fecundidad del sacrificio, que los corazones más martirizados se acercan a la Cruz más orgullosos, por haber aportado mayor peso y haber amargado mayores amarguras en la empresa sublime y trascendental de la salvación de España, que es la salvación del mundo.

Nadie debe aproximarse a esta Cruz, para regar con lágrimas amargas las flores, que circundan y adornan su pedestal. No es cristiano llorar de este modo la caída de los mártires. Su heroísmo sólo debe arrancar lágrimas de santa emoción, lágrimas dulces; que, lejos de turbar el espíritu, le esclarece e ilumina, para que comprenda mejor la grandeza de su gesta.

Acerquémonos a esta Cruz con religioso respeto, y después de orar, escuchemos; porque nuestros gloriosos Caídos nos hablan aquí con avasalladora elocuencia; diciéndonos que si ellos unidos por un mismo pensamiento se sacrificaron, para salvar a la Patria y colocarla en la ruta de su antigua grandeza; nosotros hermanados en la misma Falange hemos de continuar la tarea, que ellos emprendieron; no omitiendo sacrificios hasta conseguir aquel ideal.

29 de Octubre

Esta fiesta de nuestros gloriosos Caídos vinculada está ya perfectamente en el calendario nacional a este día. Si, debía celebrarse el 29 de Octubre; porque en esta fecha el año 1933 alboró la nueva Era de la historia patria, iniciándose el Movimiento salvador.

Ningún español podrá ya repetir que José Antonio era un iluso; sino que todos han de reconocer y confesar, que fué un Vidente. Habló claro y alto en el Teatro de la Comedia; mas su voz no fué atendida con la presteza, que reclamaban las circunstancias fatídicas en que se encontraba España; los acentos apremiantes de su alma, que sentía hondamente los dolores de una Patria deshecha no fueron atendidos... y sobrevino la tragedia.

Solo la desgracia nos hizo despertar; y entonces los ojos anhelantes se fijaron en la imagen serena de José Antonio, ya que la Providencia quiso eclipsar su persona; su espíritu se vió reencarnado en miles y miles de españoles, que levantando con la legítima bandera nacional la bandera roji-negra del Movimiento, y prendiendo en su pecho las cinco flechas rojas,

se lanzaron a la calle, decididos a salvar a la Patria traicionada, vendida: inyectando en sus muros cuarteados argamasa aglutinada con su misma sangre; para reconstruirla en la pureza de su arquitectura tradicional con los procedimientos hondamente revolucionarios, que reclaman la subversión y anarquía de sectarios y antipatriotas y la tozudez incomprendible y egoísta de políticos y caciques, no menos antiespañoles.

El mandato de nuestros muertos

Y ya nadie puede dudar. El Movimiento salvador ha triunfado, de tal suerte, que ya no es posible la discusión. Esta cruz bendita, representativa de tanto dolor y sangre, nos dice que todos los españoles, lo mismo en el fragor de la guerra que en el silencio de la paz, hemos de obedecer a la voz del Caudillo; no solo por estar dotado de admirables virtudes políticas y castrenses, sino principalmente porque es el único albacea, el ejecutor único del testamento de nuestros gloriosos Caídos, que con el derecho indiscutible que tiene un redentor, nos han impuesto un régimen con un espíritu, una disciplina y un estilo bien definidos.

Si, nuestros Caídos son los únicos ante los cuales el Caudillo con su Falange se doblega con emoción; los únicos que le sobornan, dictándole desde los luceros la ley.

Su testamento sagrado es esa Carta magna de la nueva España, promulgada por Franco, al ser constituido Jefe del Estado, tal como José Antonio la dejó escrita y compendiada en los veintiséis puntos; que no fueron invención caprichosa de su inteligencia preclara, sino expresión exacta, copia fiel, que refleja con tinta en el papel el pensamiento, que los primeros Caídos escribieron con sangre en la primera página de esta etapa histórica. ¡Los primeros Caídos! Aquellos jóvenes que ofrendaron su vida en las calles de nuestras ciudades para defender nuestras tradiciones. Aquellos jóvenes que, con valor admirable, mientras la mayoría de los españoles dormían o temblaban escondidos en sus casas, desafiaban las iras del tirano, dibujando su silueta viril entre las llamadas provocadas por la tea revolucionaria en los días tristes, precursores de esta tragedia, en aquellos días tormentosos, en que al resplandor de los incendios sacrilegos percibíamos una corriente coronada de espumas ensangrentadas; que arrastraba imágenes mutiladas, astillas de altares, trozos de sagrarios; asolando a la vez nuestras fecundas campiñas: segando vidas humanas y amenazando envolver a España en una noche funeral.

Catolicismo de la Falange

Yo no sé por qué la Falange Española pudo ser considerada por algunos

acatólica y pagana; siendo así, que inspirada en el Evangelio, aprendió y tuvo siempre presente que el catolicismo verdadero no es palabrería, es acción; no es fórmula, es vida. Y si es cierto que la Falange de José Antonio fué parca en palabras, fué pródiga en sangre. Porque, cuando un tirano orgulloso, envanecido en su solio, pisotea el dogma, entierra el Crucifijo, tritura instituciones venerandas, estanca toda libertad religiosa y proclama pomposamente su triunfo en el Congreso ante todos los representantes de la nación, interpretando el silencio vergonzoso de los creyentes por una formal apostasía, de ningún modo mejor que derramando sangre se puede confesar a Cristo, para con la elocuencia del martirio derribar los ídolos, desmentir al perseguidor y alentar a los cobardes.

Este fué el Catolicismo que desde el primer momento profesó la Falange, y el que alentó a los primeros Caídos, aquellos muchachos, cuya vida fué, en el orden religioso, fe de Confesores, fe de Mártires; como fué en el orden político horror al endiosamiento de los tiranos, resistencia pasiva a los mandatos injustos de los déspotas y santa rebeldía, cuando se entronizó la irreligión y la antipatria. Aquellos primeros Caídos son los que, reunidos en parlamento sobre los luceros nos dieron, para salvar y engrandecer a esta Patria, esa Constitución; formulada sintéticamente por José Antonio y aceptada por el Caudillo, que después suscribieron con su sangre todos los Caídos de esta Cruzada, inmoldándose también por la Patria, el Pan y la Justicia; dando su vida para limpiar este suelo de mercaderes, traidores y sectarios, a fin de que, restablecida la unidad y la armonía en una perfecta Hermanidad, pueda esta nación verse elevada en el rico solio del vetusto Imperio.

España Imperial

¡La España Imperial!... Así la contemplaron sonrientes nuestros Caídos. Y aquel emocionante ¡Arriba España!, que al expirar brotó de su alma, es la invitación apremiante, el mandato expreso, con que nos exigen el labor sin descanso, hasta devolver a la Patria todo el brillo de su pasada grandeza.

En cumplimiento de esta cláusula testamentaria, la Falange Española Tradicionalista se apresta a buscar en los arcones del hispano solar el majestuoso atuendo, la rica corona y el purpúreo manto, que hijos desnaturalizados empuñaron sin rubor, para satisfacer su ambición; no vacilando en despojar a la Madre Patria de sus atributos

y preciosas joyas, para vestirla ¡oh, vergüenza! con el traje de mercenaria, mendigado de extraños orgullos, que ayer, siendo sus servidores, se alimentaron con las migajas que caían de los manteles de su opulencia y de su cultura.

Y no es que la Falange de Franco, sueñe con lanzarse a próximas conquistas; al ver que esta nación sin igual, lejos de debilitarse en una guerra tan cruel, aparece cada día más robusta con la sangre, que nuestros héroes han extravesado en sus lúgidas arterias. No es que proyecte nuevas empresas guerreras; para renovar aquellos tiempos, en que España con inconcebible audacia derribó las columnas de Hércules, borró el *Non plus ultra*; necesitando la carroza del sol, para recorrer sus dominios, viéndose obligada a estudiar la Geografía universal, para saber el nombre de sus Estados.

Es cierto que España está ahora recordando al mundo, que aún conserva su brio racial. Pobre y desarmada se lanzó a la lucha, y no sólo ha resistido, sino que ha aplastado al internacionalismo; a pesar del apoyo decidido de las más poderosas democracias; demostrando tal vitalidad, que pronto tendrán que ofrecerla, sin ella reclamarlo, el puesto que la corresponde en el concierto de las naciones.

No obstante, mientras nuestra Patria sea respetada, nunca el león español perturbará la paz del mundo; porque, para responder a su vocación, no necesita dilatar sus fronteras; ya que el Destino Imperial de un pueblo no se caracteriza por la extensión de su territorio, sino por la fuerza, por la pujanza de su espiritualidad y por las curvas de nivel, que marcan sus elevaciones culturales y morales. Así es que aunque hubiéramos de marchar por algún tiempo a la zaga de otras naciones en el logro de intereses materiales, lo que nos interesa es probar la superioridad de nuestra raza y hacer ver que España es la siempre viva de la historia.

No anhelamos precisamente la modificación de esas líneas de colores en la cuadrícula de meridianos y paralelos, que dan la medida convencional a las naciones. Nos preocupan más las esencias que los frascos. Así es que lo que nos interesa es redimir este pueblo aherrojado por la ambición y el despotismo de los falsos demócratas; para que sin hambre, sin odio, dignificado, libre, cobijado bajo el dulce Yugo de la unidad cordial sienta las inquietudes de las Flechas en los deseos vehementes de buscar sin egoísmos su bienestar en el engrandecimiento pa-

trio; a fin de poder decir a todos los pueblos del orbe con la expresión de nuestro espíritu, que los límites de nuestra Patria no son los mares y las montañas, que nos separan de las demás naciones; porque las fronteras naturales de España son sólo el cielo arriba y el averno abajo.

España Una

¡España Una! Este es nuestro primer grito entusiasta; e inmediatamente añadimos este otro, que expresa la meta, a donde se dirigen nuestros esfuerzos: ¡España Grande! ¡La España Imperial! Este es el cuadro arrobador, en que hemos de poner nuestra mirada, y al que hemos de consagrar nuestros esfuerzos; porque este es el cuadro hermoso, que hizo sonreír en la agonía a nuestros Caídos; mientras la Falange con su invicto Jefe, hincada de rodillas, recoge su aliento postrero; jurando trabajar sin descanso en su realización.

Las cinco Flechas apretadas por el Yugo, que han sido añadidas a los antiguos emblemas del escudo nacional, son garantía de la voluntad firme, con que el Estado Nacional-Sindicalista ha de perseguir este ideal; aunando en un Verticalismo cristiano las cinco fuerzas, que al efecto es preciso coordinar: la fuerza física, la fuerza intelectual, la fuerza moral y la fuerza religiosa.

Con la unificación de estas cinco fuerzas nuestros gloriosos Caídos salvaron a la Patria, devolviéndola su libertad. Con la unificación de esas cinco fuerzas conseguiremos nosotros, a su ejemplo, colocarla en el trono Imperial, porque, así como el individualismo es estéril, el Verticalismo es fecundo; pues es un poder sumado a otro poder, un aliento, unido a otro aliento, la inteligencia centuplicando la inteligencia y el genio multiplicado por el genio.

La base de ese Verticalismo, el secreto de nuestra Unidad en un ambiente de justicia y de amor es el Caudillo, que la Providencia nos ha dado, ese General invencible, genial, salvador de España y de la Civilización occidental, martillo, del sovietismo, del liberalismo y de la tiranía feudal, derogador de la dictadura económica, redentor del proletariado, Franco, padre abnegado, sencillo afaible, ídolo de nuestros Caídos...este es centro, en que convergen nuestras voluntades, para caminar por la ruta del Imperio, que señaló José Antonio.

Información de José Antonio

¡José Antonio! Dios no ha querido que entres en la tierra de promisión; mas tú serás siempre el inspirador de la Falange. Soñaste con ser Príncipe de la Paz, reduciendo a tu Patria a la Unidad y Disciplina social; después de dar la batalla a la anarquía capitalista y proletaria. A este efecto, comunicaste los la-

tidos de tu alma grande, e inyectaste las lozanas de tu patriotismo a esa juventud, que lucha con bravura y muere con abnegación por la Patria, el Pan y la Justicia.

¡José Antonio! Tus sueños se cumplieron. Sobre tu cabeza la triple corona de Vidente, de Apostol y de Mártir. La Madre Patria besa con pasión tu frente de Héroe subime y te envuelve entre las lumbradas de sus alegrías; mientras todos los buenos españoles se inclinan con arrobada actitud, ante el altar levantado por la Patria sobre las reliquias de nuestros Caídos, en cuyo frontal se destacan dos ricos camaféos: en el primero se destaca la imagen serena de José Antonio, como gráfico expresivo del alma de España; en el otro, la figura sonriente del Caudillo, brindándonos triunfador la Unidad, Grandeza y Libertad de la Patria, que son los atributos del nuevo Imperio.

Sumisión y obediencia al Caudillo

¡Falangistas, españoles! Un sentido militar ha de informar en adelante vuestra vida. Escuchad, pues, la consigna que en esta Cruz nos dan nuestros gloriosos Caídos: sumisión constante y obediencia ciega al Caudillo invicto.

Sólo así podremos ganar con presteza los agrios recuestos de las empresas fecundas, ascendiendo siempre al Azul, en que ha de actuar la Falange Española Tradicionalista.

¡El Azul! símbolo de todas las cumbres y elevaciones; porque allí no hay mezquindades, bajezas, ni egoísmos; allí están los espacios infinitos, en que se mueven las almas grandes, buenas, los horizontes de la espiritualidad y la lejanía excelsa de las gestas inmortales; allí está la síntesis de nuestros ideales, la realización cumplida de este expresivo grito, con el que nos inclinamos ante el invicto Caudillo: ¡Arriba España!

Ofrenda a los Caídos

Al finalizar el discurso, que fué subrayado en distintos pasajes del mismo con exteriorizaciones de entusiasmo, el camarada Jefe Provincial de Ciudad Real, Casimiro Iñigo, dió las voces por los Caídos que el público contestó con cáldos presentes.

Finalmente las autoridades, Jerarquías de la Falange, sección femenina de Falange, heridos, enfermeras y público desfilaron ante la Cruz, depositando coronas y ramos de flores.

Por último, desfilaron los juveniles y milicias de la Falange, dándose por terminados los actos, que revisitaron un carácter solemnisimo en su sencillez y sobriedad.

Con este motivo se hizo fiesta durante la mañana, cerrando el comercio oficinas y demás centros públicos hasta medio día.

Lea V La Falange

ALMACENES DE
TEJIDOS
LANAS y
CEREALES

SUCESORES DE VICTOR GARCIA

CA CERES

APARTADO, 9 TELEGRAMA: SUVIGAR. TELÉFONO, 240

Almacenes MIRON

MUEBLES - Loza y Cristal

Depositario del HIERRO LIQUIDO DE LA PROVINCIA

San Juan núm. 22 C A C E R E S Teléfono 462

GRAN BAR "EL SANATORIO,"

Bebidas de las mejores marcas. Mariscos

BECADILLOS Y APERITIVOS

Paneras, 2. - Teléfono, 204. - Cáceres

29 OCTUBRE, 1933

Voz del César

Cuando los años de ahora comenzaron a contarse,

JOSE ANTONIO dijo:

Razón y voluntad

Nada de un párrafo de gracias. Escuetamente gracias, como corresponde al laconismo militar de nuestro estilo.

Cuando en Marzo de 1762 un hombre nefasto, que se llamaba Juan Jacobo Rousseau, publicó «El contrato social», dejó de ser la verdad política una entidad permanente. Antes, en otras épocas más profundas, los Estados, que eran ejes de misiones históricas, tenían inscritas sobre sus frentes, y aun sobre los astros, la justicia y la verdad.

Juan Jacobo Rousseau suponía que el conjunto de los que vivimos un pueblo tiene un alma superior, de jerarquía, diferente a cada una de nuestras almas, y que ese yo superior está dotado de una voluntad inflexible, capaz de definir en cada instante lo justo y lo injusto, el bien y el mal. Y como esa voluntad colectiva, esa voluntad soberana, sólo se expresa por medio del sufragio—conjetura de los más que triunfa sobre la de los menos en la adivinación de la voluntad superior—, venía a resultar que el sufragio, esa farsa de las papeletas entradas en una urna de cristal, tenía la virtud de decirnos en cada instante si Dios existía o no existía, si la verdad era la verdad o no era la verdad; si la Patria debía permanecer o si era mejor que en un momento se suicidase.

El Estado liberal

Como el Estado liberal fué un servidor de esa doctrina, vino a constituirse, no ya en el ejecutor resuelto de los destinos patrios, sino en el espectador de las luchas electorales. Para el Estado liberal sólo era lo importante que en las mesas de votación hubiera sentado un determinado número de señores; que las elecciones empezaran a las ocho y terminaran a las cuatro; que no se rompieran las urnas, cuando el ser rotas es el más noble destino de todas las urnas. Después, a respetar tranquilamente lo que de las urnas saliera, como si a él no le importase nada. Es decir, que los gobernantes liberales no creían ni siquiera en su misión propia; no creían que ellos mismos estuviesen allí cumpliendo un respetable deber, sino que todo el que pensara lo contrario y se propusiera asaltar el Estado, por las buenas o por las malas, tenía igual derecho a decirlo y a intentarlo que los guardianes del Estado mismo a defenderlo.

De ahí vino el sistema democrático, que es, en primer lugar el más ruinoso sistema de derroche de energías. Un hombre dotado para la alusiva función de gobernar, que es tal vez la más noble de las funciones humanas, tenía que dedicar el 80, el 90, el 95 por 100 de su energía a sustanciar reclamaciones formularias, a hacer propaganda electoral, a dormir en los escaños del Congreso, a adular a los electores, a aguantar sus

impertinencias, porque de los electores iba a recibir el Poder; a soportar humillaciones y vejámenes de los que precisamente, por la función casi divina de gobernar, estaban llamados a obedecerles; y después de todo eso le quedaba un sobrante de algunas horas en la madrugada o de algunos minutos robados a un descanso intranquilo; en ese mínimo sobrante es cuando el hombre dotado para gobernar podía pensar seriamente en las funciones sustantivas de Gobierno.

Vino después la pérdida de la unidad espiritual de los pueblos, porque como el sistema funcionaba sobre el logro de las mayorías, todo aquel que aspiraba a ganar el sistema tenía que procurarse la mayoría de los sufragios. Y tenía que procurárselos robándolos, si era preciso, a los otros partidos, y para ello no tenía que vacilar en calumniarlos, en verter sobre ellos las peores injurias, en hacer deliberadamente la verdad, en no desperdiciar un solo resorte de mentira y de envilecimiento. Y así, siendo la fraternidad uno de los postulados que el Estado liberal nos mostraba en su frontispicio, no hubo nunca situación de vida colectiva donde los hombres injuriados, enemigos unos de otros, se sintieran menos hermanos que en la vida turbulenta y desagradable del Estado liberal.

Y, por último, el Estado liberal vino a depararnos la esclavitud económica, porque a los obreros, con tágico sarcasmo, se les decía: «Sois libres de trabajar lo que queráis; nadie puede compeleros a que aceptéis unas u otras condiciones; ahora bien: como nosotros somos los ricos, os ofrecemos las condiciones que nos parecen; vosotros, ciudadanos libres, si no queréis, no estáis obligados a aceptarlas; pero vosotros, ciudadanos pobres, si no aceptáis las condiciones que nosotros os imponemos, moriréis de hambre, rodeados de la máxima dignidad liberal.» Y así veríais cómo en los países donde se ha llegado a tener Parlamentos más brillantes e instituciones democráticas más finas, no teníais más que separaros unos cientos de metros de los barrios lujosos para encontraros con tugurios infectos donde vivían hacinados los obreros y sus familias, en un límite de decoro casi inhumano. Y os encontraríais trabajadores de los campos que de sol a sol se doblaban sobre la tierra, abrasadas las costillas, y que ganaban en todo el año, gracias al libre juego de la economía liberal, setenta u ochenta jornales de tres pesetas.

El socialismo.

Por eso tuvo que nacer, y fué justo en su nacimiento (nosotros no recatamos ninguna verdad) el socialismo. Los obreros tuvieron que defenderse contra aquel sistema, que sólo les daba promesas de derechos, pero que no se cui-

daba de proporcionales una vida justa.

Ahora, que el socialismo, que fué una reacción legítima contra aquella esclavitud liberal, vino a descarrarse, porque dió, primero, en la interpretación materialista de la vida y de la historia; segundo, en un sentido de represalia; tercero, en una proclamación del dogma de la lucha de clases.

El socialismo, sobre todo el socialismo que construyeron impasibles, en la frialdad de sus gabinetes, los apóstoles socialistas, en quienes creen los pobres obreros, y que ya nos ha descubierto tal como eran Alfonso García Valdecasas, el socialismo así entendido no ve en la historia sino un juego de resortes económicos: lo espiritual se suprime; la Religión es un opio del pueblo; la Patria es un mito para explotar a los desgraciados. Todo esto dice el socialismo. No hay más que producción, organización económica. Así es que los obreros tienen que estrujar bien sus almas para que no quede dentro de ellas la menor gota de espiritualidad.

No aspira el socialismo a restablecer una justicia social rota por el mal funcionamiento de los Estados liberales, sino que aspira a la represalia; aspira a llegar en la injusticia a tantos grados más allá cuanto más acá llegaran en la injusticia los sistemas liberales.

Por último el socialismo proclama el dogma monstruoso de la lucha de clases; proclama el dogma de que las luchas entre las clases son indispensables y se producen naturalmente en la vida, porque no puede haber nunca nada que las aplaque. Y el socialismo, que vino a ser una crítica justa del liberalismo económico, nos trajo, por otro camino, lo mismo que el liberalismo económico: la disgregación, el odio, la separación, el olvido de todo vínculo de hermandad y solidaridad entre los hombres.

«¡Dios, qué buen vasallo, si oviera buen señor!»

Así resulta que cuando nosotros, los hombres de nuestra generación abrimos los ojos, nos encontramos con un mundo en ruina moral, un mundo escindido en toda suerte de diferencias; y por lo que nos toca de cerca, nos encontramos una España en ruina moral, una España dividida por todos los odios y por todas las pugnas. Y así, nosotros hemos tenido que llorar en el fondo de nuestra alma cuando recorriamos los pueblos de esta España maravillosa; esos pueblos, en donde todavía, bajo la capa más humilde, se descubren gentes dotadas de una elegancia rústica que no tiene un gesto excesivo ni una palabra ociosa, gentes que viven sobre una tierra seca en apariencia, con sequedad exterior; pero que nos asombra con la fecundidad que estalla en el triunfo de los pámpanos y de los trigos. Cuando recorriamos esas tierras y veíamos esas

gentes, y las sabíamos torturadas por pequeños caciques, olvidadas por todos los grupos, divididas, envenenadas por predicaciones tortuosas, teníamos que pensar de todo ese pueblo lo que él mismo cantaba del Cid al verle errar por campos de Castilla, desterrado de Burgos.

«¡Dios, qué buen vasallo si oviera buen señor!»

Eso vinimos a encontrar nosotros en el movimiento que empieza en este día: ese legítimo señor de España; pero un señor como el de San Francisco de Borja, un señor que no se nos muera. Y para que no se nos muera ha de ser un señor que no sea al propio tiempo esclavo de un interés de grupo ni de un interés de clase.

Ni derecha ni izquierda

El movimiento de hoy, que no es de partido, sino que es un movimiento, casi podríamos decir un anti-partido, sépase desde ahora, no es de derechas ni de izquierdas. Porque en el fondo la derecha es la aspiración a mantener una organización económica aunque sea injusta, y la izquierda es en el fondo el deseo de subvertir una organización económica, aunque al subvertirla se arrastren muchas cosas buenas. Luego esto se decora en unos y otros con una serie de consideraciones espirituales. Sepan todos los que nos escuchan de buena fe, que esas consideraciones espirituales caben todas en nuestro movimiento; pero que nuestro movimiento por nada atará sus destinos al interés de grupo o al interés de clase que anida bajo la división artificial en derechas e izquierdas.

La Patria es una unidad total, en que se integran todos los individuos y todas las clases; la Patria no puede estar en manos de la clase más fuerte ni del partido mejor organizado. La Patria es una síntesis trascendente, una síntesis indivisible, con fines propios que cumplir; y nosotros lo que queremos es que el movimiento de este día y el estado que cree, sea el instrumento eficaz, autoritario, al servicio de una unidad indiscutible, de esa unidad permanente, de esa unidad irrevocable que se llama Patria.

En vez de programa, sentido

Y con eso ya tenemos todo el motor de nuestros actos futuros y de nuestra conducta presente, porque nosotros seríamos un partido más si viniéramos a anunciar un programa de soluciones concretas. Tales programas tienen la ventaja de que nunca se cumplen. En cambio, cuando se tiene un sentido permanente ante la historia y ante la vida, ese propio sentido nos da las soluciones ante lo concreto, como el amor nos dice en qué casos debemos reñir y en qué casos debemos abrazar, sin que un verdadero amor tenga hecho un mínimo programa de abrazos y de riñas.

He aquí lo que exige nuestro sentido total de la

Patria y del Estado que ha de servirla.

Que todos los pueblos de España, por diversos que sean, se sientan armonizados en una irrevocable unidad de destino.

Que desaparezcan los partidos políticos. Nadie ha nacido nunca miembro de un partido político; en cambio, nacemos todos miembros de una familia; somos todos vecinos de un Municipio; nos afanamos todos en el ejercicio de un trabajo. Pues si esas son nuestras unidades naturales, si la familia y el Municipio y la corporación es en lo que de veras vivimos, ¿para qué necesitamos del instrumento intermedio y pernicioso de los partidos políticos, que para unirse en grupos artificiales empiezan por desunirnos en nuestras realidades auténticas?

Queremos menos palabrería liberal y más respeto a la libertad profunda del hombre. Porque sólo se respeta la libertad del hombre cuando se le estima, como nosotros pretendemos, portador de valores eternos; cuando se le estima envoltura corporal de un alma, que es capaz de salvarse y condenarse. Sólo cuando al hombre se le considera así, se puede decir que se respeta de veras su libertad, y más todavía si esa libertad se conjuga, como nosotros pretendemos, en un sistema de autoridad, de jerarquía y de orden.

Queremos que todos se sientan miembros de una comunidad seria y completa; es decir, que las funciones que realiza son muchas: unos, con el trabajo manual; otros, con el trabajo del espíritu, algunos con un magisterio de costumbres y de refinamientos. Pero que en una comunidad tal como la que nosotros apetecemos, sépase desde ahora, no debe haber convidados ni debe haber zánganos.

Queremos que no se canten derechos individuales de los que no pueden cumplirse nunca en casa de los famélicos, sino que se dé a todo hombre, a todo miembro de la comunidad política, por el hecho de serlo, la manera de ganarse con su trabajo una vida humana, justa y digna.

Queremos que el espíritu religioso clave de los mejores arcos de nuestra Historia, sea respetado y amparado como merece, sin que por eso el Estado se inmiscuya en funciones que no le son propias, ni comparta—como lo hacía, tal vez por otros intereses que los de la verdadera religión—funciones que sí le corresponde realizar por sí mismo.

Queremos que España recobre resueltamente el sentido universal de su cultura y de su historia.

Y queremos, por último, que si esto ha de lograrse en algún caso por la violencia, no nos detengamos ante la violencia. Porque ¿quién ha dicho—al hablar de «todo, menos la violencia»—que la suprema jerarquía de los valores morales reside en la amabilidad? ¿Quién ha dicho que cuan-

do insultan nuestros sentimientos, antes que reaccionar como hombres, estamos obligados a ser amables? Bien está, sí, la dialéctica como primer instrumento de comunicación. Pero no hay más dialéctica admisible que la dialéctica de los puños y de las pistolas cuando se ofende a la Justicia o a la Patria.

Esto es lo que pensamos nosotros del Estado futuro, que hemos de afanarnos en edificar.

Un modo de ser

Pero nuestro movimiento no estaría del todo entendido, si se creyera que es una manera de pensar sólo; no es una manera de pensar; es una manera de ser. No debemos proponernos sólo la construcción, la arquitectura política. Tenemos que adoptar ante la vida entera, en cada uno de nuestros actos, una actitud humana, profunda y completa. Esa actitud es el espíritu de sacrificio, el sentido ascético y militar de la vida. Así, pues, no imagine nadie que aquí se recluta para ofrecer prebendas; no imagine nadie que aquí nos reunimos para defender privilegios. Yo quisiera que este micrófono que tengo delante llevara mi voz hasta los últimos rincones de los hogares obreros, para decirles: sí, nosotros llevamos corbata; sí, de nosotros podéis decir que somos señoritos. Pero traemos el espíritu de lucha precisamente por aquello que no nos interesa como señoritos; venimos a luchar por que a muchos de nuestras clases se le impongan sacrificios duros y justos, y venimos a luchar por que un Estado totalitario alcance con sus bienes lo mismo a los poderosos que a los humildes. Y así somos, porque así lo fueron siempre en la historia los señoritos de España. Así lograron alcanzar la jerarquía verdadera de señores, porque en tierras lejanas, y en nuestra Patria misma, supieron arrostrar la muerte y cargar con las misiones más duras, por aquello que precisamente como tales señoritos no les importaba nada.

Arma al brazo bajo las estrellas

Yo creo que está alzada la bandera. Ahora vamos a defenderla, alegremente, poéticamente. Porque hay algunos que frente a la marcha de la revolución, creen que para aunar voluntades conviene ofrecer las soluciones más tibias; creen que se debe ocultar en la propaganda todo lo que pueda despertar una emoción o señalar una actitud energética y extrema. ¡Qué equivocación! A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y ¡ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!

En un movimiento poético, nosotros levantaremos este fervoroso afán de España; nosotros nos sacrificaremos, nosotros renunciaremos y de nosotros será



Auxilio Social

VERDAD DE LA FALANGE

UNA OBRA QUE JUSTIFICA UNA REVOLUCION

El «AUXILIO SOCIAL» nació el 30 de Octubre de 1936 para luchar contra el hambre, el frío y la miseria. Para remediar tanto las necesidades, consecuencia de duros tiempos de guerra como aquellas que una larga época de caos político y social y antiguas negligencias impusieron a España.

El ansia de justicia, el anhelo de auténtica hermandad de la Falange, hallaron su mejor expresión en la Obra creada y dirigida por una mujer nacional sindicalista, Mercedes Sanz Bachiller, hoy Delegada Nacional de «AUXILIO SOCIAL».

La organización que en la actualidad extiende sus redes de eficacia a través de todo el territorio nacional, empezó con el nombre de «AUXILIO DE INVIERNO»—que conserva una de sus más importantes secciones—abriendo un comedor para niños en Valladolid—capital—y diez en los pueblos de la comarca.

Aunque reducida a los términos de una provincia llevaba en sí desde el principio todas sus presentes características: primero, no ser fruto de la limosna que humilla, sino de la aportación espontánea, no impuesta sino voluntaria, alegre y dignamente recaudada por mujeres de la Sección Femenina y del Servicio Social y que es simplemente ofrenda del pueblo español al pueblo es-

pañol, compartir nacional del pan nuestro de cada día.

Después su estilo, gracioso en la forma, esmerado en el detalle, modernísimo siempre, preocupación noble de sustituir la frialdad gris de la beneficencia de antaño, por instituciones acogedoras y cálidas.

Y principalmente su administración, rigurosamente planeada y realizada con norma y método.

Todo ello animado por un espíritu hondo y ardentemente cristiano que no se contenta con la facilidad de remediar las manifestaciones de un mal, sino que con ímpetu busca su causa para atacarla.

Base del éxito de «Auxilio Social» ha sido desde el primer momento su organización, asesorada por técnicos en las diferentes especialidades que unen su experiencia a la labor disciplinada y fecunda de una legión de trabajadores anónimos.

De manera sorprendente en lucha tenaz contra las dificultades lógicas de tiempos de guerra, fué creciendo y desarrollándose la Obra de la Hermandad de la Falange, interpretando la voluntad del Caudillo: «Ni un hogar sin lumbre, ni un español sin pan». Prontorebasó los límites de Castilla extendiéndose a través de España.

En Enero de 1937 autorizó el Gobierno General las

vigor de alimento sano y hondo sentido de dignidad.

Porque ganar la guerra no es solo vencer cada día en los campos de batalla, sino también remediar cada instante los dolorosos problemas de las ciudades deshechas, de los hombres despojados, de los niños trágicamente desvalidos.

La marea roja en su retirada nos deja entre rui-

y delincuencia, frutos probables y lógicos del abandono y la miseria.

El niño asistido en los comedores de «Auxilio de Invierno» se encuentra, además de adecuadamente alimentado, durante varias horas al día en un medio estético y risueño y en un ambiente optimista, educador por todos conceptos. Tiene que presentarse con

El «Auxilio Social» es la gran obra del Movimiento, que hace llegar a los últimos lugares la ayuda al desvalido, y convierte en realidad tangible las palabras «Auxilio» y «Solidaridad Española»

Francisco Franco.

nas una humanidad rota a cuya ayuda acude con la eficacia de su organización y la cordialidad de su estilo «Auxilio Social», la Obra de la España Nacional-Sindicalista.

Cuando nuestras tropas avanzan victoriosas hacia una población, parten de los almacenes cercanos, previamente instalados por «Auxilio Social», hileras de camiones con viveres, propaganda y todos los enseñes necesarios para montar comedores y Cocinas de Hermandad. Figuran en el convoy equipos de falangistas de ambos sexos, encargados unos del reparto inmediato de pan y de bolsas con comida fría, y otros de la rápida instalación de locales que a las pocas horas distribuyen alimento caliente. La vanguardia de la limpieza se encarga de despejar, acondicionar y encalar cuanto hace falta, haciendo surgir entre escombros comedores azules y claros. Las hojas de propaganda de «Auxilio Social» proclaman, mientras tanto, a todos los vientos la buena nueva de que ha entrado la España grande del Pan y de la Justicia. Y la población que ha sufrido el terror y la miseria del dominio rojo, y los engañados por los agitadores comunistas acuden, unos con jubilosa emoción, y otros, todavía con temor y asombro, al calor de esa Falange que a dos pasos de la guerra y de la muerte tiene prisa por mostrar todo lo que trae de vida y de paz.

Los comedores de niños fueron creados como solución transitoria a una exigencia de la guerra y de los rigores invernales. En ellos son asistidos niños sanos—huérfanos con familiares, hijos de viudas y de familias necesitadas—cuyas fichas con datos sociales y médicos obran en las Delegaciones de «AUXILIO SOCIAL». Su objeto es librar en lo posible a la infancia española de las consecuencias morales y materiales de estos tiempos de aspereza, evitarles hambre y precoces amarguras que habrían de traducirse en rencores en el mañana, impedir categóricamente la mendicidad infantil y prevenir la pillería

limpieza (una hilera de lavabos y la solicitud de las jefes de comedor se encargan de remediar posibles negligencias) y que aprender a comportarse como es debido.

El crucifijo que preside todas las instituciones de la Obra y la oración antes de empezar la comida, le enseñan a levantar su corazón a Dios y el himno que habla de paz alegre, el estilo joven y limpio de odios de la Patria Nacional Sindicalista.

La labor de educación estética realizada por los comedores es inapreciable. El niño que se acostumbra a la mesa con flores, al cambio de platos en cada guiso, al vaso individual, a las paredes y suelos impecables, rechazará siempre la suciedad y la negligencia y hará lo posible por conseguir en torno suyo limpieza y orden, luchará por poner belleza y alegría en su vida cotidiana.

Están encargadas del servicio y asistencia de los Comedores de niños unas doce mil mujeres procedentes de la Sección Femenina de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. y del Servicio Social de la Mujer que al aportarles el empuje de su rendimiento en forma de trabajo, vigilancia y ternura, vinculándose mediante la compensación y el esfuerzo con los hijos del pueblo, sirven los intereses nacionales de la mejor manera.

En Julio de 1937 amplió «Auxilio Social» su órbita de acción con la Obra Nacional Sindicalista de Protección a la Madre y al Niño. Bajo el lema «Por la Madre y el Hijo, por una España mejor» entró de pleno en el campo de una de sus actuaciones definitivas: el amparo moral y material de la maternidad, la protección al niño ya desde el seno materno, la lucha con armas de higiene y de cultura contra la mortalidad infantil, la formación inicial—espiritual y física—de las nuevas generaciones y el afianzamiento de la vida familiar.

La Obra «Madre y Niño» lleva a la práctica la política demográfica del Estado Nacional-Sindicalista, elevando el nivel de salud y

de cultura de las madres, moldeando una infancia fuerte y alegre y confiriendo a los hogares necesitados la ayuda necesaria para el logro de unas condiciones naturales de existencia.

Se compone de las siguientes Secciones:

«Protección a la madre, con: Policlínicas, en cuyas consultas de maternología y tocología se asiste a la futura madre durante su embarazo; Hogares de Embarazadas, para mujeres encinta débiles que pueden ingresar en ellos desde el momento en que la ley les autoriza para dejar su trabajo y prepararse al acto de la maternidad (esto cuando se trata de obreras); Hogares de Madres—que acogen a las madres necesitadas de reponerse después del parto, con los recién nacidos—y; Colonias de Descanso para Madres Trabajadoras, situadas en la montaña o en el mar, cuyo objeto es que las Madres fatigadas se tonifiquen y vuelvan a tomar fuerzas para proseguir la crianza de sus hijos y los quehaceres de su casa.

«Protección al huérfano», con: Hogares de Lactantes, que acogen a los niños desde su nacimiento hasta los tres años; Hogares Infantiles, para niños de 3 a 7 años, preparación al período escolar; Hogares Escolares, para niños de 7 a 12 años; enseñanza escolar; y Residencias de aprendices en las que los

familias que se sirven de las Cocinas de Hermandad; a las madres y los niños que disfrutan de la Obra de Protección a la Madre y el Niño.

Es misión del asesor médico provincial de «Auxilio Social», el reconocimiento previo de todo niño que asiste a los Comedores, su clasificación sanitaria, la realización de las vacaciones precisas y la investigación de las reacciones hechas con fines de orientación profiláctica.

Son auxiliares del asesor médico provincial los médicos que forman el cuadro de las Policlínicas, las enfermeras visitadoras encargadas de vigilar el ambiente en que se desenvuelve la vida del niño fuera del Comedor, de la Guardería o el Jardín, y de informar de todos los detalles del hogar y de la familia, cuidando con enseñanzas y consejos de que se cumplan rigurosamente las disposiciones médicas.

Como es lógico, la inspección sanitaria e higiénica de los locales donde estén o vayan a estar instalados los Comedores y Cocinas así como de la vigilancia y compensación y forma de servir la comida, son también obligaciones inherentes al médico asesor de «Auxilio Social».

Las Policlínicas son asimismo como si dijéramos el primer peldaño en la Obra de Protección a la Madre y el Niño, ya que

El dar pan al que lo necesita y no puede ganarlo, hogar al huérfano, amor al desvalido y educar a los españoles en una auténtica comunidad nacional, no es obra de beneficencia sino de humana justicia, y esta obra la está realizando Auxilio Social, demostrando así la capacidad creadora de la Falange y el afán renovador del nuevo Estado.

Raimundo Fernández Cuesta.

29 OCTUBRE, 1933

La voz del César

el triunfo, triunfo que (¿para qué os lo voy a decir?) no vamos a lograr en las elecciones próximas. En estas elecciones votad todos lo que os parezca menos malo. Pero no saldrá de ahí nuestra España, ni está ahí nuestro marco. Eso es una atmósfera turbia, ya cansada, como de taberna al final de una noche crapulosa. No está ahí nuestro sitio. Yo creo, sí, que soy candidato; pero lo soy sin fe y sin respeto. Y esto lo digo ahora, cuando ello puede hacer que se me retraigan todos los votos. No me importa nada. Nosotros no vamos a ir a disputar a los habituales los restos desahogados de un banquete sucio. Nuestro sitio está fuera, aunque tal vez transitemos, de paso, por el otro. Nuestro sitio está al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo, y en lo alto, las estrellas. Que sigan los demás con sus festines. Nosotros, fuera, en vigilia tensa, fervorosa y segura, ya presentimos el amanecer en la alegría de nuestras entrañas.

cuestaciones callejeras en todo el territorio, reservándose su control y completándolas en caso necesario, hasta cubrir un presupuesto fijo por cada asistido, confiriendo de este modo a «Auxilio Social» categoría de Obra Nacional.

La «Ficha Azul» empezó a aportar su ayuda en especie y metálico. El campo vertía sus frutos derramaba su trigo sobre el hambre de la ciudad. Y la ciudad llevaba la necesidad a los pueblos su estilo flamante, su alegría limpia.

Bastaban ocho niños para crear un comedor, cuatro chozas para que, sobre una puerta luciese el escudo del brazo que hunde el puñal en las fauces de la miseria.

La guerra seguía su marcha gloriosa. El territorio liberado se ensanchaba cada día. Y con él la suma de poblaciones devastadas de seres hambrientos y miserables. «Auxilio Social» por un lado abrió sus Cocinas de Hermandad, que no fueron hechas para funcionar al igual que los comedores infantiles, sino para repartir alimento caliente en la blancura de unas angarillas que llevan a los hogares de España

1.645 Instituciones de «Auxilio Social», extienden su red bienhechora sobre el territorio Nacional y nuestro protectorado, asistiendo diariamente a 179.262 personas

niños, especialmente dotados, son preparados profesionalmente y según sus aptitudes para un oficio o carrera.

«Protección al niño con familia», con: Guardias—que acogen durante el día a los niños de madres trabajadoras desde la edad de 1 mes a 3 años—; Jardines Maternales mismo tipo de institución para niños de 3 a 7 años y de las Colonias Veraniegas, Instituciones de carácter temporal o permanente, cuyo objeto es procurar una estancia de reposo en climas apropiados a los niños de las grandes ciudades y en general un provechoso cambio de clima, facilitando a los niños del Continente pasar temporadas a orillas del mar y a los de la Costa, disfrutar de las ventajas de pinares y montaña.

El número cada vez más crecido de beneficiarios de «Auxilio Social» hizo precisa la instalación y organización de Policlínicas, cuyo fin es el vigilar sanitariamente a los acogidos por la Obra.

Las Policlínicas disponen de servicios que atienden: a los niños que asisten a los Comedores; a las

en su consulta de Tocología se cuida de futura madre desde el principio de su embarazo, orientándola cuando lo necesita hacia los Hogares de embarazadas, Maternidades, etc., etc.

También son los médicos de las Policlínicas los que seleccionan los niños necesitados de reponerse en las Colonias, y los que, en general, tienen la misión de encuadrar dentro de las diferentes instituciones de «Auxilio Social» de la manera más beneficiosa a todos los asistidos por la Obra.

Diariamente en las consultas de los hospitales y de otros centros sanitarios se prescriben regímenes alimenticios, sin pensar en la dificultad que supone su preparación en muchas ca-

Un viejo escudo español tiene un pozo y un caldero. Y el pozo dice: Cuanto más doy, más tengo. Este es nuestro señorío antiguo; esta es la caridad, inagotable y fecunda, que suscita el «Auxilio Social».

Eugenio Montes.

Brillante demostración nacional de los Juveniles en Sevilla

DISCURSO DEL CAMARADA FERNANDEZ CUESTA

«La idea ya no se podrá sacar de esta tierra que han regado todos los mártires que hoy conmemoramos.»

Sevilla.-Se celebró la primera demostración nacional de Organizaciones Juveniles coincidiendo con la Fiesta de los Caídos. La ciudad presentaba un aspecto brillantísimo.

Por la mañana a las diez se celebró una revista de campamento por las autoridades y jefes del Movimiento. Fué seguida de una misa de campaña. A las once se dirigió a las Organizaciones Juveniles el ministro de Agricultura, secretario general del Movimiento, camarada Fernández Cuesta, pronunciando un discurso cuyo texto publicamos a continuación.

A las doce fué inaugurada la Academia Nacio-

nal de Mandos. Por la tarde se efectuó la primera demostración de las Organizaciones Juveniles que consistió en un resumen de la labor realizada en los campamentos de verano de 1938. En el estadio primero en orden cerrado 2.000 flechas efectuaron evoluciones y ejercicios simultáneos de educación preliminar. Luego 1.000 flechas femeninas hicieron ejercicios de gimnasia rítmica. Docientas flechas femeninas ejecutaron danzas regionales. Estuvieron representadas seis regiones.

Quinientas flechas de Sevilla efectuaron en orden abierto un simulacro de combate ofensivo con el

empleo de infantería, artillería, ametralladoras, morteros, bombas de mano, óptica, etc. Resultó muy brillante y vistoso.

Equipos de todas las provincias jugaron las finales de los campeonatos de baloncesto y atletismo, disputándose copas donadas por la Delegación Nacional de las Organizaciones Juveniles.

Los flechas navales de Sevilla y Marruecos hicieron una exhibición de conjunto. Dos centurias de flechas especialmente preparadas, también hicieron una exhibición de movimientos continuos de pre-

cesión. Dos mil flechas efectuaron gimnasia educativa y luego compusieron rápidamente sobre el terreno grandes leyendas y emblemas alusivos al Movimiento. Finalmente, se cantaron canciones regionales e himnos.

En las diversas exhibiciones realizadas, tomaron parte 6.000 cadetes y flechas de las secciones masculina y femenina de las Organizaciones Juveniles de toda España, entre ellos, de Cáceres.

Por la noche, a las ocho, hubo un impresionante desfile de antorchas y de homenaje a los Caídos.

unas cosas muy raras y difíciles, hablaba en lenguaje muy original, tanto, que a veces sonaba a ingenuidad o locura. En lugar de votos o de actas, de cargos o prebendas, de atmósferas asfixiantes de las Cortes, de intrigas de pasillos o de comodidades, nos hablaba de estrellas y luceros, de versos y poetas, de pólvora, balas, himnos, braderas de guerra y de amor.

A costa de jirones y desgarro

La España que había de formarse con tales elementos no podía salir de unas elecciones ni de los acuerdos tranquilos de unos cuantos santones políticos, sino de una conmoción como la actual, a costa de jirones y desgarros en la carne y en las almas de una juventud estupenda que a golpes de guerra nos ha de traer la España que él soñó. Formidable político y precisamente por serlo no señaló soluciones concretas con espíritu de burócrata, ni formuló programas arbitrarios, panaceas infalibles para traer la felicidad pero en cambio nos enseñó a adoptar actitudes serias y profundas ante los varios problemas de la vida y entender ésta de manera diferente a la frívola y superficial que hasta que él nos habló habíamos llevado.

José Antonio fué un español de cuerpo entero. Su corazón amaba a la España que su cerebro concebía y porque la amaba hasta el frenesí, la quiso entera y no partida, generosa y no mezquina, para que todos los españoles se sintieran dentro de ella y todos participásemos del regalo de estas cualidades y ninguno pudiera considerarse de casta inferior o diferente, siendo hermanos. El encarnó la unidad de las tierras, de las clases y de los hombres, de lo nacional con lo social, de la tradición con el futuro, de la autoridad con la rebeldía y por eso su figura se recuerda en el horizonte de la tormentosa política española de este último año.

Como la representación de la unión entre todos los españoles, mediante una doctrina que fundió en una síntesis superior, lo bueno que tenían las demás doctrinas políticas que en España existían, y cuando entre la estéril pugna de las derechas y de las izquierdas hizo público por primera vez esa doctrina, hoy hace cinco años, en el teatro de la Comedia de Madrid, pocos lo apreciaron exactamente. El que más la valoró como la opinión de un chico aprovechado y, sin embargo, si la hubieran aceptado y la hubieran convertido en realidad, se hubiera evitado la tragedia actual. Lejos de ocurrir así, contra el hombre que la encarnaba, se esgrimieron toda clase de armas: la del aislamiento, la ironía punzante, la del cerco económico, la que la encerró e tre barrotos cual águila que se remonta tan alta que nadie pueda seguirle en su vuelo majestuoso para caer al fin una mañana de Septiembre sobre las frías losas de una cárcel levantina asesinado por aquellos que en su odio no acertaron a advertir que mataban al hombre que no tenía otra misión que la de redimir económica y espiritualmente a los mismos que le mataban, creando un orden nuevo y metiéndoles en el alma el dolor a España. Camarada y amigo: te marchaste en plena juventud con los elegidos por los dioses: como Sigfrido, te enfrentaste con el dragón, y como Amadís, luchaste por la dama de tus desvelos

para salvar de brujas y endriagos; cual nuevo Garcilaso hiciste poesía y caíste por el Imperio sin casco ni coraza, con la cara descubierta al asalto del castillo de tus ilusiones en tierras de palmeras gallardas cual tus eras y cerea del Mediterráneo, clásico como tu cultura; luminoso, como tu cerebro y azul como tu sonrisa, reposa por ahora tu cuerpo; pero tu alma habrá morado en ese paraíso que tú cantaras, donde en las jambas de las puertas, junto a los ángeles con espadas, hacen guardia tus escuadras caídas cara al sol, por Dios y por España, totalmente victoriosas de sus enemigos pactos y mediaciones. Por eso cuantos hoy hablan de ella, ofenden tu memoria. Tú la ofreciste y al matarte a tí a tiros, la mataron a ella también. Hoy no cabe otra que el reconocimiento de la victoria rotunda del Caudillo, la aceptación de los 26 puntos que avalara la norma de Estado, pues de acuerdo y conciliación entre los españoles, abriendo los ideales que pueden ser comunes también a todos los españoles.

Si los rojos saben perfectamente que han perdido la guerra y a todas horas dicen que han asimilado la idea de la Patria de la unidad y mando y unidad territorial, al prescindir de los separatismos han adquirido la convicción de un ejército poderoso, la ineficacia de las internacionales al comprobar que su ayuda está condenada a las conveniencias de la política, como sucede incluso en Rusia, y el Caudillo les ofrece un perdón generoso, con un régimen humano de justicia, donde todas las reivindicaciones sociales que no lucen con interés superior de la nación, han de ser satisfechas.

¿Por qué no se rinden?

¿Por qué no se rinden ya? ¿A qué esperan? Pues sencillamente porque no conviene a sus dirigentes, porque para éstos, mejor que una derrota completa nacida del triunfo de nuestras armas, es una, nacida de una mediación que les permita justificarse ante sus masas. Viéndose perdidos ellos y sus amigos europeos, les importa tan sólo encontrar la fórmula que les permita llegar a su mediación.

¿Monarquía? A ellos todo les da igual con tal de que no triunfe Franco y lo que ello significa. Lo esencial es volver a un régimen liberal de turnos, de partidos, propagandas demoleadoras, campañas de Prensa, habilidades para aumentarlas y demás resortes que ellos tan duchos en estas lides manejan a la perfección y que dentro de unos años les permitiría descubrir las posiciones que ahora pierden.

Por eso están dispuestos a aliarse con quien sea, y lo más triste es que no faltan gentes que se dicen de la banda de acá, y que en su antipatía a la Falange quieren cosas análogas y semejantes.

¿Y quiénes son éstos? Son los que quieren empalmar, no con la España de la dictadura, sino con la anterior; los que creen que vivimos en el 1923; los que no ven a España sino a través del Alcubilla; que tienen de ella una visión cicatera y detallista, los que no se resignan a perder sus posiciones y creen que la guerra se hace para evitar únicamente que vuelva el marxismo.

(Concluirá.)

VERDAD DE LA FALANGE UNA OBRA QUE JUSTIFICA UNA REVOLUCION

(Viene de 4.ª plana.)

sas donde, por falta de medios, es ya difícil hacer la comida corriente para todos.

Por ello «Auxilio Social» decidió preocuparse del problema del alimento de los enfermos necesitados y sin pretender resolverlo por ahora en su magna integridad, ha comenzado modestamente, pero con rigor científico, a crear, a la vez que las Cocinas de Hermandad que llevan pan y alegría a los hogares sanos, las Cocinas Dietéticas, que proporcionan comida adecuada a los enfermos pobres.

Pero no es solamente este problema primario de justicia lo que interesa a «Auxilio Social», sino que atendiendo siempre al supremo fin de hacer política demográfica, al tratar a los diabéticos que carecen de medios, se propone el alivio del mal, evitar su extensión por la herencia y conseguir que las madres presuntas diabéticas o diabéticas, predispuestas generalmente al aborto, logren hijos sanos para España.

La provincia de Córdoba es una de las regiones en que hay más número de enfermos diabéticos, y según las estadísticas, resulta elevada la cifra que alcanza la mortandad por esta dolencia. De ahí que «Auxilio Social» haya considerado de interés nacional comenzar su nueva labor instituyendo así sus primeras Cocinas Dietéticas para enfermos necesitados. Las investigaciones realizadas por «AUXILIO SOCIAL» han demostrado que de los aproximadamente cinco mil diabéticos que existen en la actualidad en Córdoba capital y provincia, no tienen posibilidad de costear su tratamiento unos mil doscientos ochenta enfermos, siendo éstos los que la Obra asistirá en sus instituciones de la capital y de los pueblos.

En Córdoba (ciudad) funcionan ya las primeras Cocinas Dietéticas bajo una estricta dirección médica y la vigilancia de enfermeras sociales encargadas tanto de hacer los análisis diarios, como de distribuir las raciones que, previamente pesadas, se reparten entre los diabéticos que no necesitan un tratamiento terapéutico. Pero esto no resolvería el problema si al lado de las Cocinas Dietéticas no hubiese comedo-

res para los enfermos graves, en los que, además de servirles las dietas correspondientes, se les aplica la medicación precisa. Las plazas que por mejoría o curación queden vacantes en estos Comedores se cubren rigurosamente con enfermos entresacados del fichero general, eligiendo aquellos cuyos datos clínicos y analíticos sean más inquietantes.

La Asesoría Médica Nacional, de acuerdo con el asesor médico provincial de este servicio, ha estudiado unos regímenes hechos a base de alimentos que abundan en la región, consiguiendo de este modo reducir en lo posible el coste del tratamiento.

Las Cocinas Dietéticas, que pronto irán multiplicándose a través de España, confieren esperanza y certidumbre de curación a muchos seres que antes, por falta de medios, estaban condenados a arrastrar un mal que no sólo los conducía a la inutilidad física y a la muerte, sino que en muchos casos transmitían a sus hijos en herencia nefasta.

Toda esta organización de «Auxilio Social», cuyo principal triunfo es haber logrado desplegarse en tiempo de guerra; en pugna con las lógicas dificultades del momento, se encuentra sólo en las primeras fases de su desarrollo.

Cuando España disfrute de días de paz y de un creciente estado de normalidad, cuando una política social bien encaminada—el Fuero del Trabajo habla del seguro total como aspiración suprema—reduzca el número de indigentes a la menor expresión, muchas de las secciones de la magna Obra cambiarán de forma y fondo.

Acompañados que se agrupan de nuevo las familias, que trabajan el padre o la madre, irán despobiándose los comedores infantiles.

Las Cocinas de Hermandad apagarán su lumbre según vayan encendiendo las suyas los hogares de España. Y aunque alguna siga funcionando en remedio de dichas aisladas, su momentánea misión de dar de comer a millares de víctimas de la guerra habrá dejado de existir, puesto que en la nueva España no ha de haber hombre sin pan. Sin pan digno ganado por propio esfuerzo.

Discurso de Fernández Cuesta

El Secretario general de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, y ministro de Agricultura, camarada Fernández Cuesta, pronunció en Sevilla el siguiente discurso:

«Vuelvo a hablar en Sevilla en esta fecha inolvidable para mí, de doble emoción, pues al valor evocador que en mí encierra, se une el de ser aniversario de la primera vez que lo hice públicamente después de recobrar, por obra del Caudillo, a quien renuevo mi gratitud, mi personalidad de ser libre y dejar la de paria. Entonces, como hoy, celebramos este acto en recuerdo de los caídos por la Patria.

Pero este año, en octubre, tiene emoción excepcional, porque hasta ahora en la sacra legión de esos caídos, faltaba el capitán. Hoy marcha a la vanguardia de sus líneas mandando sus escuadras; hoy la figura de ese capitán deja de ser neblina y vaguedad para volver a ser la precisión y claridad que tanto amara. Hoy llevamos clavado en nuestro ser como espina punzante que hace brotar la sangre y nos corta el sosiego, la trágica certeza de que no volverá, pero tenemos también contrastado en todas las pruebas y en todos los dolores otra certeza incontestable: la de nuestro recuerdo inagotable hacia él. Por eso flechas de España, os habéis congregado aquí hoy para rendir el homenaje a los caídos, especialmente a José Antonio, símbolo de todos ellos y de la juventud. Por eso habéis venido a escuchar mis palabras que en estos instantes quisiera fueran las más elocuentes para que pudieran ponerse a tono con la grandeza del recuerdo y del homenaje, y por eso mi discurso ha de referirse principalmente a José Antonio, a su vida, a su obra y a su figura ingenua e indiscutida, encarnación de la unidad armónica de todos los españoles.

Si se pudiera describir con una palabra a José Antonio, sería la armonía, y como resultado de esa armonía, la unidad: armonía como hombre y como político, entre la candidez y dulzura de su temperamento, con la audacia nacida del raciocinio y férrea voluntad. Armonía de su cerebro genial, de su cultura profunda, de su presencia física y viril; armonía entre la precisión matemática de sus conceptos con la lírica sugestividad de sus expresiones; armonía entre el sentido de lo correctivo y el respeto a la individualidad de su fe en el pueblo, con su cualidad de héroe de la elegante aristocracia de su espíritu, con el contenido profundamente humano de sus tareas cotidianas, de su sensualismo de hombre mimado por la vida y la fortuna con el misticismo que brota de su alma y de su religiosidad; y armonía al fin,

sublime armonía, entre la resignación con que acoge el trance terminado y tremendo de la muerte y la vitalidad desbordante que le ata a la vida con fuerza de titán. «No es alegre morir cuando se es joven—nos escribió—; pero espero la muerte con decorosa conformidad. Y es clara armonía de su vida maravillosa que sólo Dios concede a los elegidos para mostrarles su predilección, la que se refleja también en la doctrina política que él creara.

Cuando España pareciera condenada a debatirse inútilmente y para siempre entre la seña y el rencor de un lado, y el temor y la candidez de otro; en el vaivén de posiciones laterales, visiones falsificadas e incompletas, José Antonio, que en cualquiera de ellas hubiera hallado fácil acogimiento, imaginaba amistad y prejuicios, incluso violenta inclinación de tendencias derivadas del ambiente social en que viviera, supo llegar a lo profundo de los males de España, descubrió sus raíces, las sacó a la luz despojándolas de toda hojarasca liberal y del seno marxista y las trasplantó a una tierra más fértil, donde habían de ser regadas por la sangre de la juventud.

Descubrió el camino

El nos descubrió el camino que habría de llevarnos a una Patria entera, aunque ese camino fuese áspero y aunque aquellos que lo aprendieran supieran de antemano que muy pocos lo habían de terminar. Pues bien; ese camino lo ilumina la idea de armonía de que antes hablara. El no quería que los españoles lo recorrieran cada uno desde las alturas que lo dominan, separados y recelosos, sino que vayan por el centro de las calzadas, agarrados del brazo, ayudándose mutuamente a llevarse y quitando los obstáculos que lo cierran. El nos ha dicho verdades absolutas, que quizá otros también dijeran, pero hizo algo más; las ha dicho con un estilo nuevo, las puso en contacto con otras relativas o aparentes, aprovechando lo bueno que pudieran tener y desechando los errores que avaló con la generosidad de su conducta, las alejó de la fría teoría, las dio vida y color de realidad y sobre todo, supo poner en pie de guerra, en línea de combate, como él dijo, a la juventud española, haciendo que uniera esas verdades con tal delirio, que metieron tan adentro de su ser que esa juventud ha muerto y está dispuesta a seguir muriendo por defenderla e implantarla a la sombra de la bandera, símbolo de la Patria y de esa otra roja como la sangre y negra como el dolor.

José Antonio inició una tarea épica. Ya él, en tiempos normales y tranquilos no podía entenderla, ansiaba

la idea de armonía de que antes hablara. El no quería que los españoles lo recorrieran cada uno desde las alturas que lo dominan, separados y recelosos, sino que vayan por el centro de las calzadas, agarrados del brazo, ayudándose mutuamente a llevarse y quitando los obstáculos que lo cierran. El nos ha dicho verdades absolutas, que quizá otros también dijeran, pero hizo algo más; las ha dicho con un estilo nuevo, las puso en contacto con otras relativas o aparentes, aprovechando lo bueno que pudieran tener y desechando los errores que avaló con la generosidad de su conducta, las alejó de la fría teoría, las dio vida y color de realidad y sobre todo, supo poner en pie de guerra, en línea de combate, como él dijo, a la juventud española, haciendo que uniera esas verdades con tal delirio, que metieron tan adentro de su ser que esa juventud ha muerto y está dispuesta a seguir muriendo por defenderla e implantarla a la sombra de la bandera, símbolo de la Patria y de esa otra roja como la sangre y negra como el dolor. José Antonio inició una tarea épica. Ya él, en tiempos normales y tranquilos no podía entenderla, ansiaba



TESTAMENTO

de JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La pieza donde José Antonio, en trance inminente de muerte, ordena entre las rejas de la prisión su postrema voluntad, es documento conmovedor de ejemplaridad aleccionadora. Refleja el testamento el temple de alma de su autor y la clara virtud de su mente y transparente también una noble calidad humana y un profundo sentido religioso.

Mira en primer término José Antonio a lo divino por sobre las querellas de la tierra en la que vivió vida dura e intensa y piensa en el juicio de Dios, él que con tan difícil y elegante indiferencia reparó en sus torvos jueces mortales. Escribe palabras francas de perdón; con ellas emprende camino hacia el suplicio y la muerte, y para cuando la hora llegue, sin que el pulso le vacile al escribir, pide sepultura en tierra bendita y al amparo de la Santa Cruz.

Considera por última vez sus asuntos de España y de la Falange y, aún su entero sentido humano tiene admirable revelación. Percibe un gozo, por paradoja, muy triste ya, cuando predica la doctrina bien amada y la comprueba, una vez más capaz de apagar hostilidades y de trocar en flor de simpatía la espina del odio, pero una superior y rara dignidad, aseguible sólo a criaturas de excepción, corta la fácil ufania explicable. Humano también, seriamente humano, sin concesiones al blando sentimentalismo o a una falsa jactancia, José Antonio hace y describe su defensa y aun, en coyuntura última, su viril arrogancia auténtica levanta poderoso vuelo. Es para despejar la verdad de los celajes que la enturbian y para hacerlo, el acusado, obra en su propio desfavor por delirado movimiento, porque su insobornable entereza y su rectitud exigente le señalan ese solo camino.

La Crueldad que encarece a José Antonio se ensaña con la víctima insigne, que no recibe, desde el mismo día del Alzamiento, ni siquiera el consuelo de la comunicación. En aislamiento absoluto, sin nuevas lecturas ni conversación con nadie, le pasan sobre su cautiverio los días desconcertantes. Es para que la clarividencia del genio no pueda calar, por los entresijos de la falacia roja, la realidad de la España nuestra en travesía dura, pero con rumbo exacto, hacia el norte del triunfo.

Así José Antonio en su último pensamiento terreno, cuando se da ya a la contemplación del mundo celeste, siente la sombra de una inquietud, y para ahuyentarla en súplica religiosa pide a Dios, para la ardorosa ingenuidad de sus cama-

das, una guía y un cauce hacia la gran España.

He aquí cómo el propio Jefe caído ofrece en su entrañable incertidumbre la vía para rendirle el tributo más digno de su memoria. El aire juvenil y ardiente de la Falange está dirigido por un Caudillo entregado en alma y vida hacia esa gran España que anidara desde siempre, y hasta la última luz de vida, en el pensamiento alto de José Antonio.

Por la memoria de José Antonio, por el honor de la Falange, por la consecución de la gran España de su martirio, apretemos nuestras filas en tensión, en milicia y con fe a las órdenes del Jefe Franco.

Testamento que redacta y otorga José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, de treinta y tres años, soltero, abogado, natural y vecino de Madrid, hijo de Miguel y Casilda (que en paz descansen); en la Prisión provincial de Alicante, a diez y ocho de noviembre de mil novecientos treinta y seis.

Condenado ayer a muerte, pido a Dios que si todavía no me exime de llegar a ese trance, me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo y al juzgar mi alma, no le aplique la medida de mis merecimientos, sino la de su infinita misericordia.

Me acomete el escrúpulo de si será vanidad y exceso de apego a las cosas de la tierra el querer dejar en esta coyuntura cuenta sobre alguno de mis actos; pero como, por otra parte, he arrastrado la fe de muchos camaradas míos en medida muy superior a mi propio valer (demasiado bien conocido de mí, hasta el punto de dictarme esta frase con la más sencilla y contrita sinceridad), y como incluso he movido y arrostrar riesgos y responsabilidades enormes, me parecía desconsiderada ingratitude alejarme de todos sin ningún género de explicación.

No es menester que repita ahora lo que tantas veces he dicho en escrito acerca de lo que los fundadores de Falange Española intentábamos que fuese. Me asombra que, aún, después de tres años, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persistan en juzgarnos sin haber empezado ni por asomo a entendernos, y hasta sin haber procurado ni aceptado la

más mínima información. Si la Falange se consolida en cosa duradera, espero que todos perciban el dolor de que se haya vertido tanta sangre por no haber senos abierto una brecha de serena atención entre la saña de un lado y la antipatía del otro. Que esa sangre vertida me perdone la parte que he tenido en provocarla, y que los camaradas que me precedieron en el sacrificio me acojan como el último de ellos.

Ayer, por última vez expliqué ante el tribunal que me juzgaba lo que es la Falange. Como en tantas ocasiones, repasé y aduje los viejos textos de nuestra doctrina familiar. Una vez más observé que muchísimas caras, al principio hostiles, se iluminaban, primero con el asombro y luego con la simpatía. En sus rasgos me parecía leer esta frase: «¡Si hubiésemos sabido que era esto, no estaríamos aquí!» Y ciertamente no hubiéramos estado allí, ni yo ante un Tribunal popular ni otros matándose por los campos de España. No era ya, sin embargo, la hora de evitar esto, y yo me limité a retribuir la lealtad y la valentía de mis entrañables camaradas ganando para ellos la atención respetuosa de sus enemigos.

A esto atendí y no a grangearme con gallardías de oropel la póstuma reputación de héroe. No me hice «responsable de todo», ni me ajusté a ninguna otra variante del patrón romántico. Me defendí con los mejores recursos de mi oficio de abogado, tan profundamente querido y cultivado con tanta asiduidad. Quizá no faltan comentaristas póstumos que me afeen no haber preferido la fanfarronada. Allí cada cual. Para mí, aparte de no ser primer actor en cuanto ocurre, hubiera sido monstruoso y falso entregar sin defensa una vida que aun pudiera ser útil y que no me concedió Dios para que la quemara en holocausto a la vanidad como un castillo de fuegos artificiales. Además, que ni hubiera descendido a ningún ardid reprochable ni a nadie comprometía con mi defensa, y si, en cambio, cooperaba a la de mis hermanos Margot y Miguel, procesados conmigo y amenazados de penas gravísimas. Pero como el deber de defensa me aconsejó no sólo ciertos silencios sino ciertas acusaciones fundadas en sospe-

chas de haberseme aislado adrede en medio de una región que a tal fin se mantuvo sumisa, declaro que esta sospecha no está, ni mucho menos, comprobada por mí, y que si pudo sinceramente alimentarla en mi espíritu la avidez de explicaciones exasperadas por la soledad, ahora, ante la muerte, no puede ni debe ser mantenida.

Otro extremo me queda por rectificar: El aislamiento absoluto de toda comunicación en que vivo desde poco después de iniciarse los sucesos, sólo fué roto por un periodista norteamericano, que, con permiso de las autoridades de aquí, me pidió unas declaraciones a primero de Octubre. Hasta que hace cinco o seis días conocí el sumario instruido contra mí, no he tenido noticia de las declaraciones que se me achacaban, porque ni los periódicos que las trajeron ni ningún otro me eran accesibles. Al leerlas ahora declaro que entre los distintos párrafos que se dan como míos, desigualmente fieles en la interpretación de mi pensamiento, hay uno que rechazo del todo: el que afea a mis camaradas de la Falange el cooperar en el Movimiento insurreccional con «mercenarios traídos de fuera». Jamás he dicho nada semejante, y ayer lo declaré rotundamente ante el Tribunal, aunque el declararlo no me favoreciese. Yo no puedo injuriar a unas fuerzas militares que han prestado a España en África heroicos servicios. Ni puedo desde aquí lanzar reproches a unos camaradas que ignoro si están ahora sabios o erróneamente dirigidos, pero que a buen seguro tratan de interpretar de la mejor fe, pese a la incomunicación que nos separa, mis consignas y doctrina de siempre. Dios haga que su ardorosa ingenuidad no sea nunca aprovechada en otro servicio que el de la gran España que sueña la Falange.

Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la patria, el pan y la justicia.

Creo que nada más me importa decir respecto a mi vida pública. En cuanto a mi próxima muerte la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protes-

ta. Aceptela Dios Nuestro Señor en lo que tenga de sacrificio para compensar en parte lo que ha habido de egoísta y vano en mucho de mi vida. Perdono con toda el alma a cuantos me hayan podido dañar u ofender, sin ninguna excepción, y ruego que me perdonen todos aquellos a quienes deba la reparación de algún agravio grande o chico. Cumplido lo cual paso a ordenar mi última voluntad en las siguientes.

CLAUSULAS

Primera.—Deseo ser enterrado conforme al rito de la Religión Católica, Apostólica, Romana que profeso, en tierra bendita y bajo el amparo de la Santa Cruz.

Segunda.—Instituyo herederos míos por partes iguales a mis cuatro hermanos Miguel, Carmen, Pilar y Fernando Primo de Rivera y Saenz de Heredia, con derecho de acrecer entre ellos si alguno me premuriese sin dejar descendencia. Si la hubiere dejado, pase a ella en partes iguales, por estirpes, la parte que hubiera correspondido a mi hermano premuerto. Esta disposición vale aunque la muerte de mi hermano haya ocurrido antes de otorgar yo este testamento.

Tercera.—No ordeno legado alguno ni impongo a mis herederos carga jurídica alguna exigible, pero les ruego:

A) Que atiendan en todo con mis bienes a la comodidad y regalo de nuestra tía María Jesús Primo de Rivera y Orbaneja, cuya maternal abnegación y afectuosa entereza en los veintisiete años que lleva a nuestro cargo no podremos pagar con tesoros de agradecimiento.

B) Que, en recuerdo mío, den algunos de mis bienes y objetos usuales a mis compañeros de despacho, especialmente a Rafael Garcerán, Andrés de la Cuerda y Manuel Sarrión, tan leales durante años y años tan eficaces y tan pacientes con mi nada cómoda compañía. A ellos y a todos los demás doy las gracias y les pido que me recuerden sin demasiada enojo.

C) Que repartan también otros objetos personales entre mis mejores amigos, que ellos conocen bien, y muy señaladamente entre aquellos que durante más tiempo y más de cerca

han compartido conmigo las alegrías y adversidades de nuestra Falange Española. Ellos y los demás camaradas ocupan en estos momentos en mi corazón un puesto fraternal.

D) Que gratifiquen a los servidores más antiguos de nuestra casa, a los que agradezco su lealtad y pido perdón por las incomodidades que me deban.

Cuarta. Nombro albaceas contadores y partidores de mi herencia, solidariamente, por término de tres años y con las máximas atribuciones habituales, a mis entrañables amigos de toda la vida, Raimundo Fernández Cuesta y Merelo y Ramón Serrano Suñer, a quienes ruego especialmente:

A) Que revisen mis papeles privados y destruyan todos los de carácter personalísimo, los que contengan trabajos meramente literarios y los que sean simples esbozos y proyectos en periodo atrasado de elaboración, así como cualesquiera libros prohibidos por la Iglesia o de pernicioso lectura que pudieran hallarse entre los míos.

B) Que coleccionen todos mis discursos, artículos, circulares, prólogos de libros, etc., no para publicarlos—salvo que lo juzgen indispensable—sino para que sirvan de pieza de justificación cuando se discuta este periodo de la política española en que mis camaradas y yo hemos intervenido.

C) Que provean a sustituirme urgentemente en la dirección de los asuntos profesionales que me están encomendados, con ayuda de Garcerán, Sarrión y Matilla, y a cobrar algunas minutas que se me deben.

D) Que con la mayor premura y eficacia posible hagan llegar a las personas y entidades agraviadas a que me refiero en la introducción de este testamento las solemnes rectificaciones que contiene.

Por todo lo cual les doy desde ahora las más cordiales gracias. Y en estos términos dejo ordenado mi testamento en Alicante el citado día diez y ocho de Noviembre de mil novecientos treinta y seis, a las tres horas de la tarde, en otras tres hojas además de ésta, todas foliadas, fechadas y firmadas al margen.

ANUNCIENSE EN "LA FALANGE"

ULTIMA HORA

Ramón Franco Bahamonde ha muerto en acto de servicio por España

El Teniente Coronel Ramón Franco Bahamonde ha muerto en acto de servicio. Con su desaparición, España y la gloriosa Aviación española sufren una verdadera pérdida irreparable. El glorioso aviador, hoy en día jefe de la base aérea de Mallorca, había salido a bordo de un hidroavión en misión de servicio. Su hidro iba seguido por otro, que pronto se vió separado del que pilotaba Ramón Franco, a causa de un temporal muy fuerte, que le obligó a regresar a su punto de partida, después de haber visto desaparecer el aparato del Jefe de la Base.

A nueve millas al N. O., del cabo Formentor han sido hallados los cadáveres excepto del radiotelegrafista de los tripulantes, junto con los restos del hidro.

Ramón Franco, el piloto glorioso del «Plus-Ultra», que dió renombre universal a la Aviación española, muere hoy en su servicio, cuando en ella prestaba la valiosa aportación de su competencia y su valor a la causa de España.

España, y con ella su gloriosa Aviación sufre la pérdida irreparable de uno de sus «ases». Con esta pérdida el Caudillo que lo dió todo por la Patria, aporta a nuestra causa este nuevo sacrificio, que le hiere en su propia carne.

Como en la guerra y en la paz, estamos con nuestro Generalísimo en esta hora de dolor. Para él nuestra comunión de sentimiento, y para RAMON FRANCO BAHAMONDE, nuestro ¡PRESENTE!

Nuestras armas obtuvieron ayer una gran victoria en el sector del Ebro

700 prisioneros, centenares de muertos y numeroso armamento en nuestro poder, dicen del desastre enemigo

14 aviones rojos derribados

En el día de ayer nuestras brillantes tropas cosecharon una gran victoria, rompiendo el frente enemigo de la Sierra de Cabalis, de la bolsa del Ebro.

Se le cogieron a los rojos numerosas armas automáticas, 700 prisioneros y más de 400 muertos, esto sólo en dos de las posiciones ocupadas.

Entre los prisioneros se encuentra un jefe de Batallón y toda la oficialidad del mismo. El magnífico asalto de nuestras tropas, que nos dió la posesión de todos los atrinchamientos de la Sierra, puso de manifiesto una vez más el empuje inigualable de los soldados de Franco, que se lanzaron en muchos momentos al combate al arma blanca, arrollando al enemigo, que sufre en estos momentos una terrible derrota.

También nuestra gloriosa aviación tomó parte eficazísima en esta operación, derribando 14 aparatos rojos.

Además fueron bombardeados los objetivos militares del puerto de Valencia.

¡VIVA FRANCO! ¡ARRIBA ESPAÑA!